

# LOS TRAFICANTES DEL MIEDO

Jaime Concha

¿9

¿Qué pasó en Chile entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970? ¿Cuáles fueron los entretelones durante ese tenso interregno de poder? ¿En qué consistió, para sus cerebros y ejecutores más directos, la corrida bancaria, el terror financiero en general?

A todas estas preguntas contesta, novela en mano ("El miedo es un negocio"; Quimantú), el escritor Fernando Jerez.

Y tiene realmente autoridad de sobra para hacerlo. Bancario por mucho tiempo, con varios libros a su haber en su carátula (*Un bachiller extraño*, 1958; *Los sueños quedan atrás*, 1960; *Déjame tener miedo*, 1971; premiado en el Concurso "Baldomero Lillo" 1972, organizado por Quimantú), Jerez pudo conocer de cerca y muy a fondo las artimañas de nuestra burguesía para sembrar, en los intestinos del depositante, un sucio pánico amarillo —signo peso, signo dólar, temblor y nervios por los billetes—, un miedo dorado que pretendió fulminar la economía del país.

La novela transcurre en octubre, en los días previos al asesinato del General Schneider. Todo es carreras entre los mandamases de tanto tiempo. ¿Subirá Allende al gobierno? ¿Triunfarán las conversaciones con la Democracia Cristiana? ¿Habrá golpe militar? ¿Se decidirán los gringos a intervenir? Son las preguntas que se hace, mientras se dispone a salir de Chile, el gerente y financista Florencio Costa. A costa de él viven todos, se queja: Sonia, su mujer, que se lo pasa acostada (¡Vuelta a salir su nombrecito!), hediendo a vino, a vinito popular, tal vez por odio al whisky perfumado que toma su marido; la Pepy, amante ya entrada en años y secretaria eficiente, gracias a cuya habilidad ha podido sostenerse en sus negocios; y Nancy, una rubia buena moza, joven, que es la copia feliz de su lujuria.

Alrededor de él prolifera la fauna bancaria, esos siervos almidonados del capital financiero, con sus maneras untuosas, su admirable gimnasia cervical, sus minivalores (un grande y moderno Mercedes Benz, palmoteo en los hombros, reconocimiento a su condición de larvas y whisky, whisky sobre todo: ¡Dime cuántas botellas te regalan los clientes y te diré cuánto vales!). Es una corte milagrosa de lacayos, asquerosamente bien vestida, que el pueblo ha tenido que venir a asear —con aspereza, con decencia—, en bien de la higiene nacional.

La novela se mueve —tiene que hacerlo— en la esfera de la alta burguesía, en el mundo de los negocios. Hay un cheque de por medio, que será el personaje central de un engaño en cadena. Todos esperan algo de él, como buitres de una carroña maravillosa que se trasmutará en marcos, dólares, en felicidad contante y sonante. El gerente, los empleados, las amantes bailan la ronda del cheque, mientras las consignas en las paredes, las voces materiales del pueblo hablan de otra cosa; es un baile que se trenza y se desteje y

va generando revelaciones, humillación, víctimas inocentes, pero más que nada miedo, pánico, pavor, un miedo áureo y verde, como el color de los dólares. Estamos, pues, ante una novela policial que es también, parcialmente, una novela política: es que el delito, para ciertas clases, ha sido siempre una forma egregia de concebir y de practicar la política.

Agil, dinámica, con un ritmo narrativo siempre creciente; enlazando planos y vidas disímiles, pero pendientes todos de un cordón umbilical único y definitivo, el de una avasallante alienación, Fernando Jerez fragua una novela apasionante, que se lee de un tirón de la primera hasta la última página y que nos va educando en los movimientos, en las metamorfosis del miedo. Porque la lección más formidable que nos entrega esta novela es cómo el miedo se vuelve trampa para los tramposos, amenaza para quienes aventaron amenazas, máquina que despedaza a los que quisieron lanzarla contra el pueblo. "¡Quien siembra vientos, cosecha tempestades!", dice no sé qué libro de la Biblia. Así, Florencio Costa que, desde lejos y pulcramente, sin ensuciarse las manos, había creado una asociación fantasmal de Demócratas Unidos —los DUN—, debe aceptar que éstos lo exploten, lo extorsionen y pretenden impedirle salir de Chile. El miedo se ha vuelto contra él, ha triunfado para siempre sobre sus actos y su vida entera.

De pronto, entre la deformación y los prejuicios que impregnan a esa gente, aparecen atisbos de lo que ocurre al otro lado, en la parte desconocida de la barricada social. Nancy, la muñeca llena de ilusiones de riqueza y de bien vivir, piensa:

"En cambio, en Chile, empiezan con tonteras primitivas como repartir medio litro de leche a los niños, hacer un país nuevo después de tanto tiempo. Estaban en el principio, en la leche".

Buen lema este último, lleno de sugerencias; pues mientras unas clases asisten a su fin irremediable ("el espanto sin fin" o "el final espantoso" de que habla *El 18 Brumario*), otros sectores, las mayorías nacionales, asisten a la construcción de las bases de una nueva sociedad, participan en ella, en una experiencia colectiva animada y fulgurante.

Violenta contra la violencia, feroz contra la ferocidad de los opresores, esta novela de Fernando Jerez pone a este escritor en el primer plano de la creación literaria nacional y nos ofrece un vibrante testimonio de esos meses que estremecieron a un país. Creo que fue Manuel Rojas quien dijo, por ahí, que en Chile había dos clases de gente, los rotos y las ratas. Bueno, esta novela de Jerez nos habla de las ratas, de su fisiología, de los comportamientos del miedo. No ha terminado esta escalada de las ratas, ha seguido también en 1973. Pero aquí, en esta novela admirable, hallamos sus primeros escaños, su derrota inicial que ya promete ser definitiva.

Fernando Jerez



Pedro González